

LECCION XXXVII.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN,  
POR MEDIO DE LA ESPERANZA.

Liturgia de la Eucaristía:— Historia de un niño judío que milagrosamente quedó ileso en medio de las llamas.— Relacion de la Eucaristía con las criaturas, — con Dios, — con el hombre, — con la sociedad.

7.º Liturgia de la Eucaristía. Si el Bautismo es el mas necesario de los Sacramentos, la Eucaristía es el mas augusto de todos, pues contiene al mismo Autor de la gracia y de los Sacramentos. La historia litúrgica de la Eucaristía, á la par que evidenciará la honda veneracion profesada á este Sacramento durante los diez y ocho siglos cristianos que nos anteceden, será un poderoso estímulo para excitar nuestra piedad hácia el Hijo de Dios, presente en nuestros altares, y un ilustre testimonio rendido á la perpetuidad de la fe católica.

Conforme hemos visto, el pan y el vino fueron siempre la materia de la Eucaristía. En su origen los fieles mismos eran los que ofrecían el pan y el vino para el servicio del altar, y lo propio sucedía entre los judíos; pues efectivamente nada hay mas justo que aquel en cuyo provecho se ha de ofrecer el sacrificio sea el que proporcione su materia; y así todos sin distincion, hombres ó mujeres, hacian su ofrenda. Este antiguo y santo uso subsistió hasta el siglo ix, conservándose todavía un vestigio notable de él en la iglesia de Milan, donde hay una congregacion llamada *Escuela de san Ambrosio*, compuesta de diez ancianos y otras tantas ancianas, en representacion de todo el pueblo, de los cuales dos, acompañados de otros en un traje particular, salen durante la misa en las fiestas solemnes á presentar el pan y el vino. Uno da tres hostias y otro una vinajera de plata llena de vino; y tras esta pareja van dos mujeres, siguiendo alternativamente todos los demás de la Escuela, ofreciendo cada cual los símbolos eucarísticos.

Aparte de esta hermosa tradicion, no recuerdo otra iglesia en que

<sup>1</sup> Cerem. Ambr. lib. I.

el pueblo ofrezca el pan y el vino de la consagracion. La causa de haberse trocado semejante costumbre procederá de que los sacerdotes considerarian necesario ofrecer al altar un pan mas bien confeccionado que el que el pueblo solia dar, y tambien del incremento de las donaciones y fundaciones que se consignaban á la Iglesia para que sus ministros pudiesen proveerse de lo necesario al servicio divino; y esto hace que aun cuando el pan y el vino, materia del sacrificio, ya no se ofrezcan directamente por el pueblo, se hayan de considerar verdadera oblation suya, pues proceden de sus larguezas. Aun hoy dia la mayor parte de las cuestionaciones que en los templos se hacen no sirven para otro objeto.

Estas ofrendas colocábanse sobre el altar; el vino era puesto en cálices, que de ordinario tenían dos asas, por ser gruesos y pesados, y de este modo se llevaban y manejaban con mas facilidad al dar al pueblo la comunión de la sangre de Jesucristo; y el pan se ponía en un plato llamado *patena*, nombre que todavía conserva, aunque la patena antigua era mucho mayor que la actual, sin contar que en las grandes solemnidades habria mas de una, como habia varios cálices para el vino.

Profesando aquellos cristianos tantísima veneracion al augusto Sacramento del cuerpo y sangre de nuestro Señor, hasta hacer de él sus mayores delicias, ponían mucho ahinco en lo que habia de ser materia de este banquete divino. Á nadie confiaban su tarea; cada cual amasaba por sí el pan que habia de ofrecer, y los mismos emperadores no se creían dispensados de esta obligacion, pues léjos de opinar que en tan humilde empleo envileciesen sus manos acostumbradas á llevar el cetro del mundo, juzgaban, y juzgaban con razon, que no podían consagrarlas á un uso mas noble. La reina santa Radegunda no solo amasaba por sus manos el pan que ella habia de presentar en el ofertorio de la misa, sino que devotamente confeccionaba otros muchos para distribuirlos á las iglesias, y antes que ella, Cándida, mujer de Trajano, generalísimo de las tropas de Valerio, pasaba las noches moliendo el trigo destinado para pan de los altares. «Por mis ojos, dice un historiador eclesiástico, he visto «á esa ilustre matrona ocupada toda la noche moliendo y amasando «con sus manos el pan de la oblation». Este religioso esmero conti-

<sup>1</sup> S. Gregorio Nazianceno y Fleury, t. IV, pág. 244.

<sup>2</sup> Paladio, *Historia eclesiástica*, c. 29.

nuó en los siglos posteriores, y siempre se procuró con esmero que el pan que se ha de convertir en cuerpo del Salvador sea de la mejor calidad. En la parte III de este *Catecismo* veremos con qué singular respeto ciertas comunidades religiosas preparaban la materia del augusto sacrificio, no pudiendo darse cosa mas edificante.

Consagradas las sacrosantas especies, acercábanse los fieles á comulgar; pero antes un diácono decia en voz alta estas terribles palabras: *Sancta sanetis! las cosas santas son para los Santos*, cual si les dijera: los que no sean santos, guárdense de llegar á estos tremendos misterios. Asimismo cuando el obispo ó el sacerdote administraba el Sacramento, decia: *¡El cuerpo de Jesucristo!* y el comulgante respondia *Amen*; expresando con esta palabra su fe en la presencia real del Salvador en el Sacramento. Á semejante fórmula se substituyó hácia el siglo viii la mas explícita que en el día se usa para dar la Comunión: «El cuerpo de nuestro Señor Jesucristo «guarde tu alma para la vida eterna: así sea.»

El orden acostumbrado para comulgar era el siguiente: primeramente comulgaba el mismo celebrante; despues seguian los obispos si los habia presentes, tras éstos y por orden de antigüedad los sacerdotes asistentes al oficiante, los diáconos, los subdiáconos, los presbíteros, los monjes, las diaconisas, las vírgenes consagradas, y finalmente el pueblo, empezando por los hombres y concluyendo por las mujeres. Igual orden se seguia en la comunión de la sangre preciosa, con la diferencia de que los sacerdotes la sumian por sus manos, y despues se la administraban á los diáconos, quienes la distribuian á los demás. En algunas iglesias cuando todos los fieles habian ya comulgado, distribuíase el sobrante á algunas inocentes criaturas; lo cual dió ocasion á un singular milagro en Constantinopla, el año 574, imperando Justiniano. Habiéndose un dia celebrado misa en la iglesia de la Virgen, y resultando sobrar muchas partículas de la sagrada Eucaristia, se llamó para sumirlas á los chiquillos de una escuela, entre los cuales habia uno judío, hijo de un vidriero. Comulgó éste cual los demás, y vuelto á casa muy alegre, y contando á su padre lo que habia sucedido, aquel hombre feroz, olvidado de todo sentimiento de amor paternal, cogió á su hijo y lo echó en el horno encendido donde fundia el vidrio. La madre, al saber esto, corre desolada á salvar al inocente; pero las llamas le impiden acercarse, y llena de desesperacion, desgreñándose y mesándose el ca-

bello, echa á correr por la ciudad lanzando chillidos lastimeros.

Los cristianos acuden presurosos á su auxilio, apartan el fuego, y júzguese de su sorpresa al ver á la criatura tan tranquila cual si estuviera acostada sobre muelles plumas! Sacáronla de allí, y admirándose y bendiciendo á Dios de que la hubiese dejado ilesa, cogieron al autor del delito, el cual lanzado en lugar del inocente al punto quedó consumido. Preguntando al niño cómo pudo preservarse, respondió: La mujer que tiene un chico en los brazos y que está sentada en la iglesia donde he comido el pan, me ha guarecido de las llamas cubriéndome con su manto. Á consecuencia de este suceso, la madre y el niño fueron instruidos en la fe católica, y ambos recibieron el Bautismo, junto con un gran número de judíos de la ciudad<sup>1</sup>. Fué tal el eco de este milagro que llegó hasta las Galias, pues san Gregorio de Tours hace mérito de él en su libro de la *Gloria de los Mártires*<sup>2</sup>, y Nicéforo, historiador de la Iglesia, refiriéndolo igualmente, añade que cuando niño comió muchas veces restos de la Eucaristia. De aquí se sigue que esa costumbre duró en Constantinopla á lo menos hasta mediados del siglo vi, época de Justiniano, y en otros lugares á lo menos hasta el siglo xiv, en que vivia Nicéforo<sup>3</sup>.

Tocante al lugar propio para comulgar, el uso mas general era este: El celebrante, cual sucede aun en todas partes, comulgaba en medio del altar; los sacerdotes en torno de él; los diáconos en el trasaltar; los subdiáconos y clérigos en la entrada del santuario ó del coro, y el resto de los fieles fuera de la balastrada que separaba el santuario y el coro de la nave: únicamente los Emperadores estaban exceptuados de esta regla, permitiéndoseles comulgar en el altar, así como hacer en él su ofrenda<sup>4</sup>.

La práctica de nuestros padres en la fe era recibir la Comunión en pié, á imitacion de los hijos de Israel que comian el cordero figurativo de la Eucaristia puestos igualmente en pié, la halda en el cinto y el bordon de camino en la mano. Tal fué la costumbre de los ministros y de los simples fieles; sin embargo inclinaban un poco la cabeza y cerraban los ojos en muestra de los sentimientos de adoracion con que recibian este manjar divino, manjar que segun expresion de

<sup>1</sup> Evagro, *Historia eclesiástica*, lib. IV, c. 33.

<sup>2</sup> Lib. I, c. 10.

<sup>3</sup> *Historia eclesiástica*, lib. XVII, c. 25.

<sup>4</sup> Bona, *Reg. Liturg.* lib. II, c. 17.

san Agustín nadie debe probar sin haberle antes adorado. Aun ahora, cuando el Sumo Pontífice celebra misa solemne, el diácono asistente comulga en pié, sin duda por tradición de la antigua costumbre<sup>1</sup>. Otra tradición no menos sagrada nos recuerda el mismo Santo Padre cuando comulga sentado en dichas misas solemnes al officiar en ellas de pontifical<sup>2</sup>; espectáculo augusto que naturalmente traslada los espectadores al santo Cenáculo, donde se veía á los Apóstoles con su divino Maestro participar de los sagrados misterios en esta posición.

Otra práctica de aquellos tiempos era poner el cuerpo de nuestro Señor en la mano de los fieles, quienes se comulgaban á sí mismos, recibiendo los hombres en la misma palma, por cuya razón se la lavaban con gran cuidado antes de entrar en la iglesia, y las mujeres recibíanlo igualmente en la mano derecha cubierta con un lienzo blanco que llamaban *dominical*. Sin embargo, por resultas de algunos accidentes acaecidos hácia el siglo ix, se determinó no poner mas la Comunión en la mano de los comulgantes, y desde entonces quedó establecido el nuevo rito de llevársela el sacerdote hasta la boca.

Respecto á la manera de sumir la preciosa sangre, la costumbre mas antigua era presentar á los fieles el cáliz con el vino consagrado, dándoles á beber un poco de él, según se desprende claramente de un pasaje de san Cipriano, quien hablando de una chiquilla á la que su nodriza puso en la boca un objeto consagrado á los ídolos, dice que al presentarle el diácono el cáliz para beber la sangre consagrada, rechazábalo aquella. San Cirilo de Jerusalén, entre los santos Padres antiguos el mas explícito acerca la ritualidad de los Sacramentos, dice que en Oriente se sumía la sangre del mismo modo; vamos á trasladar sus propias palabras por los interesantes pormenores que contienen: «Después de recibir en esta forma el cuerpo de Jesucristo, acercaos á recibir el cáliz de la sangre, no extendiendo las manos, sino inclinándoos en señal de adoración y acatamiento, diciendo *amen*; después santificaos por el contacto de esta sangre de Jesucristo que recibís, y mientras teneis los labios humedecidos aun por ella, enjugadlos con la mano, y llevad ésta á los ojos, á la frente y á los restantes órganos de vuestros sentidos para consagrarlos; en

<sup>1</sup> Bona, *Reg. Liturg.* lib. II, c. 17.

<sup>2</sup> Summus Pontifex cum solemniter celebrat, sedens communicat. (Id. libro II, 6, 17, pag. 490).

«fin, mientras aguardais la última oración del sacerdote, dad gracias á Dios de que os haya hecho dignos de participar de unos misterios tan grandiosos y elevados<sup>3</sup>».

Esta manera de comulgar subsistia á fines del siglo vi<sup>4</sup>. En ese tiempo se introdujo sumir la preciosa sangre por medio de un cañutillo; nueva costumbre motivada del recelo de accidentes y profanaciones que podian acaecer aun involuntariamente; y mas adelante, para evitar el mismo percance con mayor seguridad, se estiló administrar á un tiempo las dos especies, lo cual se hacia poniendo en la boca de los comulgantes una hostia mojada con la sangre preciosa<sup>5</sup>. El comulgar bajo ambas especies durante la celebración de los sagrados misterios se mantuvo hasta el siglo xii; pero en este empezó á decaer, habiendo contribuido dos causas á semejante cambio de disciplina: primero, el temor de que se derramase la sangre divina, inconveniente trascendental que alarmaba en extremo así á los fieles como á los ministros de la Iglesia, y que sin embargo era difícil de remediar, máxime en las grandes festividades en que todo el pueblo comulgaba; segundo, la escasez que hay de vino en los países del Norte, por entonces convertidos á la fe, pues ¿cómo obligar al pueblo á comulgar bajo ambas especies en aquellas heladas regiones donde casi siempre era muy difícil, y mas que difícil costoso, encontrar vino suficiente hasta para los sacerdotes en el altar? Pero finalmente, el Concilio de Constanza celebrado en 1414 suprimió para el vulgo la comunión bajo la especie del vino. Esta supresión en nada pudo alterar la integridad del Sacramento, pues nuestro Señor se contiene todo en cada una de ambas especies; ni tampoco quita nada á su perfección, que no estriba precisamente en el modo de usar los fieles la Eucaristía, sino en la consagración de lo que constituye su materia; de consiguiente ningun menoscabo redundará su perfección de que el pueblo suma la especie del pan sin el vino, con tal que suma entrambas el sacerdote consagrante<sup>6</sup>. Hasta en la pri-

<sup>3</sup> *Catech. myst.* v.

<sup>4</sup> S. Greg. de Tours, c. 31.

<sup>5</sup> Burchard, lib. V, c. 6.

<sup>6</sup> Circa usum hujus Sacramenti, duo possunt considerari: unum ex parte ipsius Sacramenti, aliud ex parte sumentium. Ex parte quidem ipsius Sacramenti, convenit quod utrumque sumatur, scilicet et corpus et sanguis, quia in utroque consistit perfectio Sacramenti, et ideo quia pertinet ad sacerdotem hoc Sacramentum consecrare et perficere, nullo modo debet corpus Christi sumere

mitiva Iglesia se estaba tan léjos de considerar que el comulgar bajo una sola especie dividiere el misterio del Sacramento, que en ciertos dias solemnes no se distribuia sino el cuerpo consagrado, entre otros, en la Iglesia de Oriente, todos los de Cuaresma, exceptuados el sábado y el domingo, y el Viernes Santo en la Iglesia de Occidente <sup>1</sup>. Se ve, pues, que los cambios operados por la Iglesia en su disciplina no son hijos del capricho, sino la sancion pública de hechos anteriores, motivados por las exigencias de tiempo y de lugar; no siendo este el primer ejemplo de una verdad harto ignorada, ni tampoco el último, como veremos luego.

Los primeros cristianos tenían una santa avidez de la Eucaristia; pero como el odio de que eran objeto y el ahinco de sus enemigos en impedir sus asambleas religiosas no les permitia celebrarlas tan á menudo como hubieran deseado, participaban de este sagrado manjar dentro de sus propias casas; cuya interesante costumbre se remonta hasta los primeros tiempos de la Iglesia. San Lucas habla de ella en los Hechos de los Apóstoles <sup>2</sup>, diciendo que los *discipulos iban cada dia al templo donde perseveraban en la oracion*, que era su modo de prepararse á comulgar, y que en seguida partiendo el pan por las casas, tomaban la comida con alegría y sencillez de corazón; y por estas *casas* el autor sagrado entiende las particulares de los fieles, segun explican todos los comentadores y se desprende de lo que sigue en el mismo texto. Agitada la Iglesia por la persecucion, este uso fué haciéndose en cierta manera necesario, pues mas adelante lo vemos ya establecido como práctica general; san Justino, poco posterior á los mismos Apóstoles, lo afirma positivamente en su cé-

sine sanguine. Ex parte autem sumentium requiritur summa cautela et reverentia, ne aliquid accidat quod vergat ad injuriam tanti mysterii. Quod præcipue posset accidere in sanguinis sumptione, qui quidem si incaute sumeretur, de fauce posset effundi, et quia crevit multitudo populi christiani, in qua continentur senes et juvenes, et parvuli quorum quidam non sunt tantæ discretionis, ut cautelam debitam circa usum hujus Sacramenti adhibeat; ideo provide in quibusdam Ecclesiis observatur ut populo sanguis sumendus non detur, sed solum à sacerdote sumatur.

Perfectio hujus Sacramenti non est in usu Fidelium, sed in consecratione materiæ. Et ideo nihil derogat perfectioni hujus Sacramenti, si populus sumat corpus sine sanguine, dummodo sacerdos consecrans sumat utrumque. (D. Thom. p. 3, q. 80, art. 12).

<sup>1</sup> Bossuet, *Tratado de la comunión bajo ambas especies*, pág. 165 y sig.

<sup>2</sup> Act. II, 46; Cornelio Alápide, *en este lugar*.

lebre Apología dirigida al emperador Antonino: «Después de celebrados los santos misterios, dice, se reservan algunos fragmentos, «para llevarlos por mano de los diáconos á los fieles que no han «podido asistir.» Hé aquí otro admirable testimonio de esta costumbre: San Luciano, sacerdote de la iglesia antioquena, martirizado en Nicomedia, no teniendo en su calabozo altar donde celebrar, consagró el Sacramento sobre su propio pecho, y seguidamente lo distribuyó á los asistentes y lo envió á los ausentes por conducto de los diáconos <sup>1</sup>. ¡Qué sacrificio mas tierno! ¡qué sacerdote mas santo! ¡qué altar mas consagrado!

Precisamente al acercarse la persecucion era cuando se hacia mayor abasto del pan de los fuertes, pues siendo regularmente los pastores las primeras víctimas del tirano, y como solo á aquellos incumbia consagrar, los fieles temian fundamentalmente verse privados de él; y hé aquí por qué procuraban llevarselo á casa, á fin de reforzarse recibéndole cada día, y disponerse para el combate <sup>2</sup>. Al cesar las persecuciones, esta costumbre se hizo mas rara, pero aun siguió durante un siglo entre algunas personas y en algunas iglesias tanto de Oriente como de Occidente. Asi consta por la carta de san Basilio á una dama llamada Cesárea: «Todos los solitarios que viven en el «desierto, dice, careciendo de sacerdotes que les administren la Eucaristia, la tienen siempre consigo, y comulgan por sus manos; «preseindiendo de que en la ciudad de Alejandria y en todo el resto de Egipto tambien los fieles suelen guardar la Comunión en su «casa y administrársela por sí propios <sup>3</sup>.» Otro tanto sucedia en diversos lugares. Mas hacian nuestros padres en la fe: de tal modo aquellos buenos cristianos, dignísimos de imitacion, amaban al Salvador, y con tal anhelo sentian la necesidad de su presencia, que no alcanzaban á separarse de él un solo instante; así que hasta en sus viajes llevaban consigo la Eucaristia para que les sirviera de defensa y salvaguardia contra los peligros de cuerpo y alma que suelen correrse en tales ocasiones; uso que subsistió por mucho tiempo. El rey Roberto de Francia, doquiera que iba, hacia preparar un carro para llevar la tienda del *divino ministerio*, donde se guardaba el cuerpo del Salvador; ya que siendo suya la tierra con todo lo que

<sup>1</sup> Apud Sur. 7 de enero.

<sup>2</sup> S. Clem. Alex. *Strom. I.*

<sup>3</sup> Pág. 289 de la última edicion.

contiene, pudiese el rey dirigir á Dios sus preces y homenajes en todos lugares. San Luis, digno heredero del trono y piedad de su antecesor, traía también consigo la Eucaristía en su expedición á Ultramar <sup>1</sup>. Hoy día el privilegio de llevar, ó hacer llevar en viaje al Santísimo Sacramento, está reservado para el Sumo Pontífice; quien al emprender alguna salida fuera de Roma, suele ir precedido de la sagrada Eucaristía, que se conduce con magnífico aparato y acompañamiento <sup>2</sup>; y no ha muchos años Pío IX, obligado á dejar la capital, llevó el Sacramento en su viaje á Gaeta.

No había por lo demás recelo alguno de que el Salvador sufriese el más mínimo desacato de parte de aquellos benditos cristianos sus compañeros de camino, cuyo respeto y tierna piedad hacia el Santísimo Sacramento es tan notoria, que será siempre la admiración y vergüenza de los modernos cristianos; y si esta antigua y santa costumbre se abolió, débese á los herejes, pues habiendo la Iglesia querido en el siglo iv prevenir el abuso que los Priscilianistas se permitían hacer de la Eucaristía, mandó á los fieles la sumiesen antes de salir del templo, para así quitar su abuso á aquellos herejes que no la sumían en el templo ni en sus casas. Esta prohibición, dictada por la Iglesia española fué con el tiempo una ley para toda la cristiandad <sup>3</sup>.

No podemos menos de llamar la atención sobre otra usanza muy tierna de aquella época, y sobre el modo de reservar el Santísimo Sacramento en la Iglesia. Los obispos solían enviarse la Eucaristía unos á otros, cualquiera que fuese la distancia que mediase; ¡admirable manera de expresar la unión cordial que reinaba entre todos los pastores y entre todos los rebaños de la divina grey <sup>4</sup>! Pero, como de aquí se originasen algunos accidentes, prohibida la costumbre con tal motivo por el Concilio Laodiceno en el siglo iv, introdujose en vez del pan consagrado, otro pan con la misma significación, que llamaban *eulogia*, por estar bendito con ciertas preces. Acerca el modo de reservar el Santísimo Sacramento en la iglesia, registramos una porción de misterios: regularmente el tipo de los tabernáculos era una torre ó una paloma; aquella, ó sea la torre-tabernáculo, colgada encima del altar, simbolizaba la fuerza

<sup>1</sup> De Gest. S. Ludov.

<sup>2</sup> Bona, Reg. liturg. c. 17, n. 5.

<sup>3</sup> Conc. de Toledo, cán. 14; y de Zaragoza, cán. 3.

<sup>4</sup> Euseb. Historia eclesiástica, lib. V, c. 24.

de lo alto y el pan de los fuertes incluido en su seno; la paloma-tabernáculo, suspendida de igual manera, proclamaba la inocencia, la dulzura, la candidez, y cuanto de gracioso y amable se contiene en el divino pan de los Angeles; algunas veces también se amalgamaban los dos emblemas colocándose sobre la torre la paloma con sus alas extendidas, y bajo este modelo el emperador Constantino mandó hacer un tabernáculo de oro adornado de piedras preciosas para la iglesia de San Pedro de Roma <sup>1</sup>.

8.º *La Eucaristía en sus relaciones con las criaturas, con Dios, con el hombre y con la sociedad.* Entremos ahora en algunas consideraciones de otro orden acerca la divina Eucaristía. Por boca de nuestros preceptores en la fe dijimos que la Comunión es el compendio de las maravillas del Omnipotente, el centro al cual todo refluye en el cuerpo de la Iglesia, cual todo refluye al corazón en el cuerpo humano, y el misterio que da vida á la sociedad y reconduce el universo hacia la unidad divina.

Para abarcar en toda su fuerza esta última verdad, miremos lo que pasa á nuestro alrededor. Desde luego observamos que todas las criaturas tienden á perfeccionarse, esto es, á pasar de una vida menos perfecta á otra que lo es más, aunque para conseguirlo han de perder su ser propio; así, entre los cuerpos inorgánicos, el aire y el agua consumidos por los cuerpos organizados pierden su ser natural para identificarse en el del que se los asimila; el vegetal á su vez es absorbido por el animal que le comunica nuevo ser, transformándolo en su sustancia; el vegetal, el animal y todos los demás reinos son absorbidos por el hombre que, asimilándose los también, les comunica su existencia, y por fin Dios atrae al hombre á sí, se lo asimila, y le comunica su vida divina é inmortal. Entonces es cuando la criatura por excelencia puede y debe decir: ¡Ya no soy yo el que vive, sino Dios quien vive en mí! y Dios, poseyendo al hombre, posee la plenitud de sus obras, cuya vida, cuya existencia, cuyas cualidades se resumen en el hombre, cual ser predominante á quien todo va á parar, y Dios vuelve á ser *todo en todas las cosas* <sup>2</sup>. Ahora bien: la Eucaristía es el medio por el cual Dios identifica al hombre con su ser, y restituye el universo á su unidad: este divino Sol de justicia es en el mundo moral lo que el sol en el mundo físico, pues así co-

<sup>1</sup> Anast. Bibliot. in Sylvestro.

<sup>2</sup> Ut sit Deus omnia in omnibus. (I Cor. xv, 28).

mo en la naturaleza todo gravita hácia aquel hermoso astro, que con su luz y calor derrama por doquiera la vida y la fecundidad, así tambien en la Religion todo gravita hácia la augusta Eucaristía, por cuyo conducto la creacion entera, que brota incesantemente del seno del Criador, vuelve incesantemente á remontarse hácia él.

Si consideramos la Eucaristía en sus relaciones mas inmediatas con Dios, ¡qué magnificencia de ideas no enajena nuestra admiracion y arrebató nuestro espíritu! La Eucaristía, dicen los Padres de la Iglesia y los teólogos, es la extension de la encarnacion; pues si en la encarnacion el Verbo eterno solo se unió con un cuerpo y una alma, en la Eucaristía dilatando la maravilla se une con el cuerpo y el alma de todos los que le reciben. Á la verdad, la union eucarística no alcanza á la union hipostática, por ser cosa imposible; pero despues de ésta, es la mas íntima que se pueda concebir. El hierro incandescente que toma todas las cualidades del fuego sin perder su propia naturaleza; dos gotas de cera fundidas entre si; el ingerto que se nutre de la sávia del árbol en que ha sido ingertado; el alimento convirtiéndose en sustancia del que lo digiere; la unidad misma que hay entre las tres divinas Personas: tales son las imágenes con que los santos Padres presentan la sublime idea de nuestra union con Dios en la comunión<sup>1</sup>. El objeto del nuevo Adán en ese misterio inefable es hacer del género humano todo entero otro Jesucristo, de quien el eterno Padre pueda decir, contemplándole de lo alto del cielo: ¡Hé aquí mi Hijo querido en quien he fijado todas mis complacencias! ¡Cuán admirablemente alcanza el objeto de la redencion esta invencion prodigiosa de la divina sabiduria, por donde se rinde á Dios la mayor gloria exterior que se pueda apetecer!

¿Quién duda que el Verbo encarnado sobrepuja en sabiduria, justicia y amor á todos los hombres mas santificados habidos ó por haber? Con ellos, sin embargo, se une por la Comunión, cual la cabeza con sus miembros, para obrar en ellos y por ellos cuantas veces por medio de sus acciones glorifiquen á Dios; así que Jesucristo es quien adora á su Padre cuando nosotros le adoramos, quien entona sus alabanzas cuando nosotros las entonamos, quien trabaja, quien padece cuando nosotros trabajamos y padecemos para gloria de Dios.

<sup>1</sup> Introduccion, t. I, pág. 59.

«El mismo Señor, dice san Pablo, es el que opera todas estas cosas «en todos los fieles<sup>1</sup>.»

No le bastó al Hijo de Dios tomar un solo cuerpo y unirse con una sola alma en el seno de la Virgen bienaventurada, sino que quiere unirse místicamente en cuerpo y en espíritu con todos los fieles, para servirse de ellos como de otros tantos instrumentos al objeto de glorificar él mismo á su Padre. Consideró poco haber trabajado treinta y tres años para hacerle honrar en la tierra; por esto quiere trabajar en ella hasta el fin de los siglos: los límites de la Judea fueran estrechos para abarcar todo el ardor de su celo; por esto quiere extenderlo á todo el universo: no fué bastante una boca, una lengua, un corazón para satisfacer su deseo de publicar las maravillas del Padre y hartarse de su amor; por esto quiere que todas las bocas, que todas las lenguas, que todos los corazones le sirvan de órganos al objeto de anunciar sus admirables maravillas, y amarle y adorarle; por fin, no fué suficiente dar su vida en el Calvario, y no le basta renovar su sacrificio cuantas veces se celebra la santa misa; por esto quiere vivir en todas las almas buenas, á fin de sufrir muerte por la gloria del Padre, de todas las maneras que morirán los Santos hasta la consumacion del siglo<sup>2</sup>.

Si consideramos la Eucaristía en sus relaciones con la sociedad, nuestra admiracion sube aun de punto. Necesitaríanse muchos volúmenes para explicar todos los efectos que el sol produce en la naturaleza y todas las influencias que el corazón ejerce en el cuerpo humano; pues bien, volvemos á decirlo: lo que el sol en la naturaleza, lo que el corazón en el cuerpo humano, es la Eucaristía en la sociedad: quitad el sol, y la naturaleza perece; quitad el corazón, y el cuerpo humano muere y se aniquila. No es exageracion todo esto: la palabra del hombre es impotente para producirse cuando se trata del misterio que, segun san Buenaventura, «constituye la «base de la Iglesia católica, y por consecuencia el cimiento de la sociedad, la robustez de la fe y el principio vital del Cristianismo<sup>3</sup>.» No hay tiempo para explicar aquí todo el influjo que ella ejerce sobre las artes, pintura, música, poesía y arquitectura, y sin embar-

<sup>1</sup> Idem Deus qui operatur omnia in omnibus. (1 Cor. xii, 6).

<sup>2</sup> Véase Vaubert, *Devocion á Jesucristo*, t. I, pág. 93.

<sup>3</sup> Per hoc Sacramentum stat Ecclesia, fides roboratur, viret et viget Christiana religio et divinus cultus.